

... el origen del lenguaje se pierde en la nebulosa de los tiempos, confundiendo con las incertidumbres del origen de nuestra especie. En 1866 la Sociedad Lingüística de París decidió no aceptar en sus publicaciones ningún trabajo que tratara sobre tal asunto (López García, 2003a). El razonamiento era simple: si no hay documento alguno que permita hacer afirmaciones fundamentadas, todo lo que se diga sobre el origen del lenguaje es imaginación o especulación, y ninguna de estas cualidades tiene natural cabida entre las actividades de una sociedad científica.

### CAPÍTULO I

## LA GRAN IBERIA: GENES, MIGRACIONES Y COLONIAS

El origen del lenguaje se pierde en la nebulosa de los tiempos, confundiendo con las incertidumbres del origen de nuestra especie. En 1866 la Sociedad Lingüística de París decidió no aceptar en sus publicaciones ningún trabajo que tratara sobre tal asunto (López García, 2003a). El razonamiento era simple: si no hay documento alguno que permita hacer afirmaciones fundamentadas, todo lo que se diga sobre el origen del lenguaje es imaginación o especulación, y ninguna de estas cualidades tiene natural cabida entre las actividades de una sociedad científica.

Más de un siglo después, la ignorancia sobre tal asunto sigue imperando y se extiende sobre el origen de las lenguas, esto es, de su diversidad, si bien al menos ya se habla de ello y cada vez con mayor fundamento. Ahora bien, aunque sepamos poco del origen de la diversidad lingüística y de cómo eran las lenguas antes del Paleolítico superior, son muy interesantes las deducciones que pueden hacerse a partir de la información que ponen en nuestras manos los arqueólogos, sobre todo cuando se confrontan con las de la antropología.

### Prehistoria y comunicación

Ignoramos todo de la lingüística prehistórica, pero algunos hechos pueden deducirse acerca de la actividad comunicativa de ese período. Así, en las excavaciones de Atapuerca, en la provincia de Burgos, se han descubierto suficientes elementos como para saber que hace 800.000 años el *Homo antecessor* era cazador, formaba grupos, vivía en cuevas y fabricaba utensilios para descarnar sus piezas de caza. Uno de los yacimientos, llamado «La sima de los huesos», conserva restos de una treintena de humanos, *Homo heidelbergensis*, de hace 400.000 años, entre los que había niños, adolescentes y mayores de 30 años. Se

baraja la hipótesis de que esta sima fuera un lugar en que se depositaba intencionadamente a los muertos, conducta que parece responder a un comportamiento simbólico compartido. Todos estos datos (modo de vida, enterramientos, simbolismos) nos llevan a pensar en la existencia de un sistema de comunicación de grupo. De hecho una de las conclusiones derivadas de los trabajos de Atapuerca es que el lenguaje humano nace y se desarrolla en ambientes sociales progresivamente más complejos (Díez, Moral, Navazo, 2003: 120). Es de suponer que esos sistemas de comunicación (pre-lenguajes o proto-lenguas) incorporaban un variado componente gestual y tenían principalmente una utilidad comunicativa interna, que incluía los comportamientos simbólicos. La forma de estas proto-lenguas debió estar limitada por las posibilidades tanto del cerebro como del aparato fonador de la especie: probablemente el habla sería lenta y limitaría sus sonidos vocálicos a [a, i, u], como se desprende del análisis del cráneo de uno de los *heidelbergensis* de Atapuerca, al que se le ha dado el apelativo cariñoso de Miguelón. Además, si aceptamos las teorías de Derek Bickerton, esas proto-lenguas presentarían una relación inestable entre las necesidades expresivas y las estructuras formales, unos recursos sintácticos muy elementales y una relación muy estrecha entre signos, acontecimientos inmediatos y contexto comunicativo.

El gran avance hacia la aparición de las lenguas —entendidas de forma más cercana al concepto actual— debió darse, por una parte, cuando el tamaño del cráneo aumentó (hace unos 300.000 años) y, por otra, cuando la vida de los grupos homínidos comenzó a desarrollarse con mayor intensidad. De hecho, los trabajos de Dunbar han profundizado certeramente en la relación entre el tamaño del cerebro y el tamaño de los grupos sociales, inferida por el número de esqueletos de los enterramientos (Dunbar, 1993; Aiello y Dunbar, 1993; López García, 2003b). Así, se cree que el lenguaje surgió definitivamente como consecuencia del aumento de la cohesión social y por las necesidades comunicativas de una cultura y una tecnología cada vez más complejas. Todo ello se produjo con la aparición del *Homo sapiens sapiens*, probablemente hace 50.000 años, tal vez hace algo más. Según se desprende de los estudios genéticos, es posible que hace 30.000 años llegaran a la Península pobladores procedentes del Este de Europa. Nada sabemos, sin embargo, de sus particulares códigos comunicativos.

Es razonable pensar que, cuanto más elaborados son los comportamientos simbólicos compartidos por un grupo, más posibilidades hay de que su código ofrezca mejores recursos sociocomunicativos: por ejemplo, la capacidad para reflejar relaciones de poder y de solidaridad. Dentro de la Península Ibérica, las lenguas de los grupos de la cultura magdalenense, en Cantabria y en Asturias, o de los grupos levantinos del Paleolítico Medio (16000-10000 a.C.) tuvieron que ser más ricas para la comunicación social que las de los near-dentalés de Gibraltar, muy anteriores: la existencia de santuarios o las pintu-

ras rupestres de Altamira o de Castellón representan escenas de sociedades mínimamente organizadas, con gente que se coordina y comunica para la caza, para la guerra, para la justicia, para la danza. Además, los dibujos de figuras danzando hacen pensar en la importancia de otro lenguaje, el lenguaje expresivo de la música, sobre todo tras los hallazgos en la Europa oriental de instrumentos musicales (raspadores, castañuelas, maracas, flautas, silbatos) dados al final de esa etapa.

### La lengua del *Homo sapiens*

Las primeras referencias lingüísticas del territorio después llamado España se deducen de los movimientos de población de la Europa protohistórica. Nos situamos temporalmente a partir del año 10000 a.C., cuando el Paleolítico es ya creación del *Homo sapiens sapiens*, al que pertenece el hombre de Cro-Magnon de la Península Ibérica. No queremos decir que antes de esa fecha no hubiera lenguas o proto-lenguas, no; simplemente que es a partir de ese momento cuando la información disponible permite ir componiendo —por deducción o sobre testimonios posteriores— lo que será nuestro primer mapa lingüístico de la Península.

Los estudios de geografía genética de la prehistoria revelan que hace entre 10.000 y 8.000 años pudo difundirse por Europa un cromosoma portado por inmigrantes procedentes de Oriente Medio. Este movimiento migratorio, de granjeros orientales que llevaron consigo la agricultura, tuvo una extraordinaria importancia para la proto-historia lingüística de Europa porque pudo llevar asociada la difusión de una o más lenguas sobre las que existen distintos pareceres e hipótesis (Ruhlen, 1994: 181-190).

Por un lado, esas migraciones de granjeros se vinculan a grupos de naturaleza indoeuropea. De hecho, Renfrew pensaba que su lengua no era otra que el indoeuropeo. Recordemos que se da el nombre de indoeuropeo a un grupo cultural y lingüístico originado en tierras cercanas al Mar Negro y que se dispersó por el Este hasta la India y, en el Oeste, por toda Europa. Por desgracia, los espacios de sombra que existen sobre estas migraciones son muchos y grandes: los indoeuropeos, ¿tuvieron su origen en territorios de la actual Ucrania o de la Anatolia de la Antigüedad? ¿En qué época se produjo la gran migración que dio lugar a las posteriores lenguas indoeuropeas, de existencia prolongada hasta la actualidad? ¿Hace 8.000 años? ¿Hace 5.000 años? ¿Eran realmente agricultores los primeros indoeuropeos o eran guerreros nómadas domadores de caballos? ¿Cómo interpretar aunadamente la información arqueológica, la genética y la lingüística? Merritt Ruhlen (1994: 188) piensa que las evidencias lingüísticas presentadas por Dolgopolsky encajan bien con el modelo de Renfrew, basado en testimonios arqueológicos, y con las pruebas genéticas de Cavalli-Sforza: hay razones para

pensar en una migración de agricultores, hablantes de variedades indoeuropeas y originarios de la región de Anatolia, por la actual Turquía. (Renfrew, 1990; Dolgopolsky, 1988; Cavalli-Sforza, 2000).

Por otro lado, existe la posibilidad de que los más primitivos emigrantes de Oriente Medio no hablaran lenguas que tuvieran que ver con las indoeuropeas, sino con familias diferentes, que las poblaciones paleolíticas de Europa pudieron ir adoptando paulatinamente (Wells, 2002). ¿En qué se fundamenta tal hipótesis? Pues en la existencia de varias lenguas de notable antigüedad y de origen incierto, que se extendieron por varios espacios europeos y que bien podrían haber surgido en relación con ese movimiento migratorio. En el caso de la Península Ibérica, serían el vasco, el ibérico y el tartesio; en el caso de Italia, el etrusco y el lemnio. Incluso, a este origen podría estar ligada la lengua que hablaban en la franja cantábrica unos pueblos afines al vasco, anteriores a la llegada de los cántabros, astures y celtas galaicos, que ya eran indoeuropeos. De todas esas lenguas, la que ha hecho correr un río más caudaloso de tinta ha sido el vasco, por tratarse de la única que todavía está viva, aunque las transformaciones que el tiempo ha producido en ella puedan hacer dudar sobre si se trata realmente de la misma lengua.

#### Orígenes del vasco y del ibero

El origen del vasco ha sido terreno más que abonado para las hipótesis y es muy llamativa la oleada de estudios genéticos que se han interesado durante los últimos años por la proto-historia vasca. Algunos parecen sostener la idea de que esta población fue un resto pre-neolítico aislado, de hace unos 8.000 años, y de que el proto-vasco pudo estar relacionado con la lengua de los cromañones. Otros estudios apuntan la posibilidad de que los (proto)vascos tuvieran su origen en esa época, pero procedentes de una antigua migración desde Oriente Medio. Otros consideran que la lengua de los vascones prehistóricos podía haberse extendido por todo el continente europeo (Venneman, 2003). Otros, en fin, vinculan a los vascos con poblaciones neolíticas llegadas desde el Este mucho más tarde, hace 5.000 años (Bertranpetit y Cavalli-Sforza, 1991; Alonso y Armour, 1998). Se ha hablado de la expansión del cromosoma Y llamado «M-172» desde Oriente Medio en el periodo paleolítico y, si aceptamos que el origen de los vascos u al menos de unos protovascos o paleovascos — es ese, podríamos estar manejando un argumento a favor de la llamada «hipótesis caucásica», según la cual el vasco revela sus mayores afinidades lingüísticas con las lenguas del Cáucaso, como el georgiano, y, por lo tanto, es en esa región donde encuentra su cuna (Tovar, 1997). Ahora bien, al margen del interés etno-genético de todos estos estudios y sin perder de vista la provisionalidad de sus propuestas, su principal inconveniente es que tienden a ligar incondicionalmente genes proto-étnicos y proto-lenguas, tendencia que encierra mucho peligro porque genes y lenguas no se identifican ne-

cesariamente y porque la genética no tiene nada que ver con la historia social de las lenguas, por muy genética que sea la capacidad lingüística.

En la gran migración desde Oriente también pudo estar el origen de los iberos, lo que explicaría algunas de las coincidencias lingüísticas en que se basó la teoría vasco-iberista y la aparición de formas afines al vasco en el Levante de la Península. A propósito del origen de los (proto-)iberos, las hipótesis más comúnmente aceptadas apuntan al Norte de África y a su parentesco con las lenguas camíticas, como el bereber. Sin embargo esa posibilidad no es totalmente incompatible con la del Oriente Medio, puesto que el cromosoma «M-172» también se ha encontrado en el área mediterránea. Si esto fue así, habría que pensar:

- que la población paleolítica de Oriente Medio y su área circundante no era homogénea lingüísticamente, aunque pudiera encerrar ciertas afinidades y revelar elementos comunes;
- que la migración pudo producirse desde el área delimitada por Pakistán, el Cáucaso y Oriente Medio, hacia el Oeste, por todo el Mediterráneo, incluida parte del Norte de África; de hecho Cavalli-Sforza (2000: 122) afirma que los bereberes pueden ser de origen caucasoide, es decir, que pudieron llegar al Norte de África procedentes de Oriente Medio, probablemente antes del Neolítico.

La teoría vasco-iberista ha defendido un origen común para estas dos lenguas. Antes de que Gómez Moreno descifrara la escritura ibérica en 1925, esa teoría era la que con más fuerza se defendía: en 1821, Humboldt habló de identidad lingüística y étnica sobre la base de unos nombres geográficos similares; en 1908, Hugo Schuchardt analizaba la morfología verbal combinando parámetros ibéricos y vascos. Ahora bien, el conocimiento de la escritura ibérica prácticamente acabó con esa propuesta teórica. Del ibero sabemos que su escritura combinaba la representación de sílabas con la representación de fonemas, pero poco más. Era un pueblo que vivía en cuevas, donde enterraba a sus muertos, y que desarrollaba un arte de gran calidad, vinculado a la religión, con representaciones de animales eidomorfos y antropomorfos. Los santuarios ibéricos, los objetos y utensilios encontrados revelan una vida social para la que se necesitó una lengua con cierto grado de complejidad sociolingüística.

La verdad es que no se conoce realmente cómo era la lengua ibera. Se sabe qué sonidos representa su alfabeto, pero no su significado. Al leer el siguiente texto, procedente del plomo de Alcoy, del siglo IV a.C., cualquier lector profano no entendería mucho menos que un especialista en la materia:

IRIKE ORTI GAROKAN DADULA BASK  
BUISTINER BAGAROK SSSXC TURLBAI  
LURA LEGUSEGUIK BASEROKEIUN BAIDA

URKE BASBIDIRBARTIN IRIKE BASER  
OKAR TEBIND BELAGASIKAU ISBIN  
AI ASGANDIS TAGISGAROK BINIKE  
BIN SALIR KIDEI GAIBIGAIT  
(ARNAI I SAKARISKER)

IUNSTIR SALIRG BASIRTIR SABARI  
DAR BIRINAR CURS BOISTINGISDID  
SESGERSDURAN SESDIRGADEDIN  
SERAIKALA NALTINGE BIDUDEIN ILDU  
NIRAENAI BEKOR SEBAGEDIRAN

De todos modos, las comparaciones entre el vasco y el ibero o ibérico no se han hecho en las mejores condiciones científicas, porque, por un lado, el contraste tendría que realizarse, en rigor, no con el vasco moderno, sino con un proto-vasco y un proto-ibero de los que no tenemos información y, por otro, se han manejado elementos de épocas muy distintas: no es posible comparar el ibero antiguo con el vasco actual porque ni siquiera el vasco prerromano y el de hoy serían fácilmente comparables:

El «paleovasco» podría estar tan distante del vasco como el latín o, incluso, el indoeuropeo del castellano. Más aún: no faltan quienes crean que el euskera ha podido adquirir carácter unitario, en una evolución milenaria, precisamente por aproximación de lenguas diferentes (Montenegro *et al.*, 1989: 381).

Con todo, se sabe lo suficiente como para afirmar que vasco e ibero eran lenguas distintas. Además la arqueología demuestra que los territorios vascos, a pesar de su relativamente amplia extensión, quedaban fuera de la zona de influencia ibérica. El antiguo dominio vasco se extendía desde el Norte de Navarra hacia el Este, por el Pirineo, en la actual Cataluña, alcanzando el Sur del Segre y parte del Rosellón. Mucho más tarde, en tiempos del imperio romano, el área de influencia de los vascones se extendió por el Sur del actual País Vasco hasta la Rioja y Soria, y por el Este hasta tierras asturianas, lo que no quiere decir que allí se llegara a hablar vasco. En el caso del ibero, su geografía se extendía por la costa levantina de la Península.

Este, pues, sería el mapa lingüístico más antiguo de la Península, un mapa incompleto, pero decisivo en la historia posterior: con una población proto-vasca asentada en el área pirenaica y una población proto-ibérica, instalada por todo Levante y que pudo estar en el origen de la tartesia. Todas ellas hacían uso de lenguas no indoeuropeas.



MAPA 1. Áreas de las protolenguas peninsulares.

### El Neolítico de Iberia

Los especialistas en prehistoria sitúan cronológicamente el Neolítico hispano entre los años 6000 y 3000 a.C. (Blázquez y Del Castillo, 1991: 31-35). En aquella época todavía se vivía en cuevas, a la vez que existían asentamientos en abrigos y al aire libre. Sin embargo, lo más característico del periodo — y lo más decisivo para la vida en comunidad — fue la producción de alimentos, mediante la agricultura y la domesticación de animales, factores que, como ha señalado Pellicer, conllevan de un modo secundario al sedentarismo. La población comenzó a agruparse, a aumentar su tamaño y a construir aldeas, lo que con toda probabilidad enriqueció sus instrumentos de comunicación lingüística. Las aldeas incluso llegaron a convertirse en pequeños núcleos urbanos amurallados, como el de los Millares, en el Sudeste de la Península. Al mismo tiempo, algunos productos y materias encontrados muy lejos de sus lugares naturales de origen hacen suponer la existencia de un comercio primitivo y, consecuentemente, de una necesidad de comunicación entre pueblos distintos. Si a ello le unimos el descubrimiento de sepulcros que reflejan la jerarquía social de los allí enterrados, podemos pensar ya en comunidades que hacían uso de lenguas cuyas funciones comunicativas se multiplicaban y enriquecían paulatinamente, pasando de la pura referencia y de la simple emotividad, a otras funciones más elaboradas, como la poética y la metalingüística; lenguas que ya no se limitaban a denotar, sino que admitían la connotación e iban reflejando la complejidad social de los pueblos que las hablaban.

Desde el punto de vista fonético, tales lenguas no pudieron ofrecer un repertorio de sonidos muy diferente del que hoy encontramos en Europa y en el Norte

de África. La gramática ya ofrecía elementos morfosintácticos capaces de expresar relaciones entre partes del discurso, así como procedimientos compositivos. El léxico tuvo que ir creciendo y especializándose conforme aumentaba la riqueza tecnológica y a medida que la sociedad y las profesiones se iban diversificando. De este modo, al léxico de la vida familiar cotidiana, se le sumó el de la vida religiosa, el de la cerámica y la pintura, el de la agricultura y sus industrias (molinos, silos, hoces), el de la ganadería, el de la vida urbana, el del transporte, el de la minería, el del comercio, el de la metalurgia, conforme esta se fue difundiendo, sobre todo a partir del año 2000 a.C. El discurso hablado iba permitiendo marcar distancias sociales entre hablantes mediante la expresión de fórmulas de respeto y el desarrollo de la cortesía verbal. Así tuvo que ser, aunque las pruebas de ello sean prácticamente nulas. Naturalmente la complejidad (socio)lingüística pudo ser muy diferente en unas lenguas y otras.

Situados en el año 2000 a.C., deben mencionarse dos elementos de gran importancia para la historia lingüística de la Península, la de aquel momento y la posterior. Por un lado, cristalizó, según explicó Luis Suárez (1976: 15), la división de dos sectores geográficos: uno culturalmente estático (más pobre, agricultor y ganadero, de carácter estable, tradicional y conservador) que se localizaba en la mitad norte de la Península; el otro sector, que abarcaba Andalucía y el Sureste peninsular, era más dinámico en su actividad cultural (más abierto al comercio, más cercano a la economía de mercado, con metalurgia y minería, con sistemas de poder más individualizados). Las islas Baleares escapaban a esta división porque, en general, seguían pautas de desarrollo similares a las de otras islas del Mediterráneo. La trascendencia de tal bipartición social, económica y cultural reside en que acabó siendo la base de la división territorial de la administración romana, que, en buena medida, se ha perpetuado a lo largo de los siglos contribuyendo a una configuración lingüística que *mutatis mutandis* aún pueden apreciarse.

Otro elemento decisivo del segundo milenio fue la llegada de nuevos grupos humanos procedentes del exterior, constante a lo largo de la historia y siempre determinante para la situación lingüística peninsular. Por una parte, llegaron a las costas colonizadores desde puntos lejanos del Mediterráneo; por otra, se produjeron nuevos movimientos migratorios desde el interior de Europa, a los que se añadieron los contactos entre pueblos de las costas atlánticas europeas. Colonizadores mediterráneos y migrantes europeos hicieron que el panorama étnico y lingüístico de la Península se renovara completamente. Surgía así un nuevo mapa lingüístico, que solo se vería modificado con la consolidación de la presencia romana, más de mil años más tarde.

### Las migraciones indoeuropeas

Aproximadamente durante 600 años, desde finales del segundo milenio hasta el siglo VI a.C., se fueron asentando en la Península europeos procedentes del Este del continente. Lo hicieron de forma gradual. A su llegada iban entrando en contacto con los diversos pueblos ya establecidos sobre el terreno, hablaban los más antiguos, de lenguas no indoeuropeas. Una de las características más destacadas de los recién llegados era la de hablar modalidades lingüísticas indoeuropeas, por tanto pertenecientes todas ellas a una misma familia. Esto no equivale a decir, sin embargo, que todos los inmigrantes hablaran la misma lengua, ni mucho menos; de hecho resulta sumamente complicado identificar el origen concreto de muchos rasgos de estas variedades porque, siendo de la misma familia y coincidiendo en mayor o menor medida, la procedencia podía ser diversa. Para entender mejor la complejidad de este tipo de situación, intentemos reproducir sus caracteres fundamentales en una zona y en una época imaginarias.

Imaginemos que en un territorio se hablan dos lenguas distintas; pongamos el chino mandarín y el cantonés, lenguas tan distantes como lo puedan estar el sueco del español, pero de la misma familia, la sino-tibetana. En un momento dado, comienza a llegar a ese país de fantasía gente que habla lenguas de una familia llamada románica: unos podrían ser hablantes de español, otros de italiano, otros de catalán, otros de portugués. Esos hablantes románicos se van asentando a lo largo de 600 años junto a los de la familia sino-tibetana, cuyas lenguas han ido evolucionando con el tiempo. Siendo así, en la época más tardía, un grupo de inmigrantes de origen italiano bien pudo entrar en contacto con hablantes de origen portugués o catalán llegados con anterioridad e incluso con hablantes de un italiano ya evolucionado con el paso de los años y quizá modificado por influencia del chino, del portugués o del español. En tal situación, podrían encontrarse grupos usuarios de un catalán muy influido por el chino mandarín o por el cantonés, otros podrían usar un cantonés que además de verse afectado por el español o el italiano recién llegados, también podría acusar la influencia del chino mandarín; y probablemente sería difícil saber si ciertos rasgos del portugués de otros grupos eran de origen antiguo y propio o, tal vez, más reciente y derivado de la mezcla de lenguas. Las posibilidades de combinaciones y cruces de influencias serían sencillamente imprevisibles.

Así de compleja debió ser la situación lingüística de la Península entre el año 1200 y el año 600 a.C. Sobre un territorio en el que dominaban lenguas no indoeuropeas, como el vasco y el ibero, se van asentando pobladores nuevos, hablantes de lenguas de una misma familia (indoeuropea), pero diversificadas lingüísticamente y con procedencias geográficas dispares (ligures, osco-umbros, ilirios, vénetos, germanos). El indoeuropeísta Kretschmer vio así el proceso en su conjunto (1934: 54):

El parentesco de una serie de lenguas desde el Ganges al Oriente, hasta el Ebro al Occidente, significa, desde luego, que esas lenguas eran primitivamente dialectos de una lengua única, la lengua indoeuropea. Esos dialectos se fueron alejando entre sí cada vez más en el curso de los siglos, llegando a constituirse en lenguas independientes.

Probablemente, en el año 1000 a.C. las diferencias entre esos «dialectos» indoeuropeos ya empezaban a ser notables y, por otra parte, pudo ser significativa la distancia entre las modalidades indoeuropeas llegadas a la Península en el año 1000 a.C. procedentes del territorio de la actual Polonia, y modalidades, igualmente indoeuropeas, pero llegadas en el año 600 a.C. procedentes del centro de Italia. En 400 años puede cambiar mucho una lengua. Pero vamos a detenernos en otros aspectos de estos indoeuropeos llegados a la Península desde finales del segundo milenio.

Tradicionalmente, la indoeuropeización de la Península se ha explicado como un proceso de oleadas sucesivas, con intervalos más o menos largos, y asociadas a culturas y variedades lingüísticas diferentes, según su origen. Los prehistoriadores prestan mucha atención, porque sin duda la merece, a la llamada cultura de los «campos de urnas», que representa uno de los fenómenos más complejos e importantes de la historia europea. Se llama así por la difusión de un rito funerario de cremación por el que las cenizas se depositaban en recipientes (urnas) que luego se enterraban en montículos dentro de las necrópolis. Esta cultura fue llevada al Nordeste de la Península, sobre todo al valle del Ebro, por pueblos hallstáticos que introdujeron dos elementos decisivos: sus lenguas indoeuropeas y el uso de los instrumentos de hierro. Tales elementos supusieron unas transformaciones culturales y étnicas de la mayor trascendencia para la formación de los pueblos peninsulares. A la Meseta llegaron también clanes de pastores indoeuropeos que hallaron allí una tierra idónea para la trashumancia. Por otro lado, se han relacionado estos movimientos migratorios con la llegada de los celtas, que formaban parte de la gran familia de los indoeuropeos y cuyas raíces se formaron en las estepas europeas donde se domesticaba el caballo. Su migración pudo estar relacionada con la búsqueda de nuevos pastos, de campos de cultivo y de yacimientos metalíferos. De esta forma pudieron difundirse distintas variedades celtas o protoceltas.

Según Francisco Villar (1996: 503-514), en la Península se conservan evidencias de tres lenguas indoeuropeas, que revelan un proceso de adaptación complejo: 1) un «antiguo europeo» o lengua de la hidronimia primitiva, hablado por gentes que se extendieron por casi toda la Península; 2) el celtibérico o «hispanocelta», presente en el centro peninsular y hacia el Suroeste, que podría ser considerada como la única lengua peninsular genuinamente celta; y 3) el lusitano, hallado en el Oeste y el Noroeste, en zona galaico-lusitana, del que es dudosa su naturaleza celta, aunque no su pertenencia al grupo indoeuropeo.

Ahora bien, la explicación de las oleadas sucesivas de gentes indoeuropeas llegadas de regiones diferentes y portadoras, consecuentemente, de variedades lingüísticas distintas, no tiene visos de total certeza. La cultura de los «campos de urnas», sin ir más lejos, plantea problemas tan elementales como este: ¿cómo se explica que en el Nordeste peninsular —tierras de urnas— no se encuentren vestigios de lenguas indoeuropeas, sino solo muestras ibéricas? La explicación podría estar en que esa cultura no es propia de un solo pueblo sino de pueblos diferentes, con lenguas diferentes, incluidas algunas no indoeuropeas. Como ha señalado Jaime Alvar, las posibilidades de reconstrucción de las migraciones son muy limitadas. Hay que aceptar la fuerza del impacto indoeuropeo en diversas regiones peninsulares, pero el proceso fue heterogéneo; en parte porque el sustrato de la Edad del Bronce también lo era.

La inmigración se atestigua en los territorios comprendidos al Norte de una línea imaginaria que trazáramos entre el Sur de Portugal y Cataluña. Las lenguas derivadas de ese tronco común indoeuropeo, como el lusitano y el celtibérico, serán el vehículo de comunicación de las diferentes comunidades asentadas al Norte de esa línea (Jaime Alvar, 2004: 65).

A ello hay que añadir el uso del vasco al Norte de la línea diagonal y del ibero a lo largo de la costa Este. De todo ello es importante destacar, por un lado, que, a partir del año 900 a.C., las relaciones entre las diversas áreas culturales de la Península y de estas con el exterior se hacen progresivamente más frecuentes e intensas y, por otra parte, que las áreas lingüísticas no solo pudieron multiplicarse, sino que, dentro de cada una de ellas, también debió darse una notable diversificación, como se atestigua en los territorios de las variedades indoeuropeas o, incluso, en el del ibero.

### Celtas, celtiberos y lusitanos

Entre los pueblos indoeuropeos a los que nos hemos referido algo más arriba, merece un comentario especial el pueblo celta. Los celtas llegan a tener presencia en Portugal y la Baja Andalucía ya en el siglo VII a. C., aunque no es hasta el 445 a.C. cuando Herodoto de Halicarnaso usa por primera vez el gentilicio *keltói*. La definición de «pueblo celta» resulta harto complicada; hasta el punto de considerarse que celta simplemente es aquel que habla celta, aunque la duda aparece cuando se sospecha que no es seguro que solo los celtas hablaran celta. En cualquier caso, se puede suponer que en el Noroeste de la Península se utilizaron variedades del celta, tal vez derivadas de ese «antiguo europeo» del que hablaba Villar, con una extensión que podría haber alcanzado los territorios de los lusitanos; hacia el Sur, de los celtibéricos, hacia el Sureste, y de los vascos hacia el Este. Esas variedades pudieron estar suficientemente diferenciadas y

convertirse en instrumentos de expresión de los pueblos peninsulares antes de la llegada de los romanos.

Más arriba se ha señalado que, dentro de la Península, el celtibérico es la única lengua que podría considerarse auténticamente céltica; dado que no está demostrado que el lusitano lo fuera y dado que otras variedades del Noroeste pudieron simplemente derivar de un proto-celta. El celtibérico es una de las tres principales ramas del celta continental, que paulatinamente fue separándose de su tronco de origen, conforme aumentaba la distancia y el tiempo, sin que pueda afirmarse que sus características se deban a algún tipo de fusión con los iberos. Por otro lado, es más que probable que su diseminación por la Península fuera dando lugar a variedades celtibéricas adscritas a grupos diferentes y con rasgos «dialectales» particulares.

Un aspecto muy interesante de la lengua de los celtiberos es que no llegó a disponer de un alfabeto propiamente celtibérico. De hecho, las manifestaciones escritas que se conservan revelan que se optó por adaptar el alfabeto de otras culturas: la ibera y la latina. El alfabeto ibérico se utilizó para la escritura celtibérica, por las pruebas existentes, a partir del siglo II a.C. Así lo revelan, principalmente, las monedas, en las que se acuñaba el nombre de las ciudades emisoras: Segóbriga (Cuenca), bautizada por Plinio como la cabeza de la Celtiberia, tuvo ceca y su nombre aparece en alfabeto ibérico como *Segobirices*. Dado que el alfabeto ibérico era semisilábico (con caracteres para las secuencias «Consonante-Vocal»), la sílaba *bri* se representaba como *biri*. Se piensa que este tipo de desajustes, añadido al hecho de que los celtiberos solo utilizaban 26 de los 28 signos ibéricos y a algunas dificultades para representar los fonemas oclusivos (no tenía /p/ y no se distinguían sordos de sonoros), pudieron influir en la adopción final del alfabeto latino. No obstante, en relación con los alfabetos es preciso pensar que su adopción no tiene que ver solo con un proceso técnico de adaptación de una lengua a una escritura, sino también con juegos de convergencia y divergencia cultural.

Se han identificado dos variedades de escritura celtibérica: la oriental y la occidental (Cerdeño, 1999: 71-72). Los soportes de las inscripciones son muy variados y van desde las láminas de bronce a las leyendas numismáticas, pasando por las inscripciones rupestres y las téseras de hospitalidad, que gran testimonio de pactos de amistad entre grupos diferentes. De los restos conservados, merecen destacarse los tres bronceos de Botorrita (Zaragoza); dos de ellos están en alfabeto ibérico y el tercero, en alfabeto latino. Se trata de textos de documentos públicos de carácter institucional o legal, en los que aparecen nombres de personas con sus cargos. Tanto en este caso como en el de las inscripciones monetales o en el de las téseras, apreciamos el importante valor social o comunitario de la lengua escrita para los celtiberos, aspecto sobre el que volveremos más adelante.

En cuanto al lusitano, parece tratarse de una lengua indoeuropea, celtoide, aunque suficientemente diferenciada del celtibérico. Solo se conservan tres ins-

cripciones lusitanas, en Portugal y Extremadura, todas en alfabeto latino y bastante tardías. En ellas se observa una menor influencia de otras lenguas peninsulares de la época y una mayor coincidencia con el celta común. Lo interesante de esta clase de restos lingüísticos, dado lo limitado de su extensión —que a veces no va más allá de una docena de palabras—, es la enorme importancia de cada uno de sus rasgos, por minúsculos que sean, de modo que, si apareciera un nuevo testimonio con tan solo media docena de formas, podría reinterpretarse integralmente toda la historia y la filiación de la lengua en cuestión. En el caso del lusitano, el uso de la P inicial en la palabra *PORODM* 'cerdo', cuando lo normal en las lenguas celtas es su pérdida, ha hecho pensar en una lengua diferente del celta, aunque nada impide pensar, para ese caso concreto, en una influencia directa del latín.

### El esplendor de tartesios e iberos

Las costas del Este y del Sur han protagonizado algunas de las páginas culturales más brillantes de la historia Peninsular. Por ellas han pasado numerosos pueblos, con culturas de primer orden en cada época y con lenguas muy diversas que han servido para expresar modos de vida diferentes. Podría decirse que el multilingüismo y la coexistencia de lenguas han sido una constante en la historia de las costas españolas.

Al Sur de la Península, la cultura de Tartesos destaca sobremedida al ser considerada por algunos como la primera organización social a la que puede darse el nombre de Estado (Jaime Alvar, 1995). El área tartesia se extendía por la Andalucía occidental —las actuales provincias de Huelva, Cádiz, Sevilla y parte de Córdoba y Málaga— e incluía probablemente parte del Sur de Portugal. Su principal núcleo de población era Gadir, aunque no fuera esta una ciudad de fundación tartesia, sino fenicia.

De la lengua tartesia se sabe muy poco, porque la toponimia y la antroponimia, tan útiles siempre en estos menesteres, no aportan demasiada información (Untermann, 1965). Existen algunos textos datados entre los siglos VII-VI y IV a.C. en inscripciones que utilizan una escritura también semisilábica. La cultura tartesia, continuada después en el pueblo turdetano, tuvo lengua propia, según Estrabón, de la que se conservaban escritos de antigua memoria, poemas y leyes en verso, a los que se atribuía popularmente una antigüedad de seis mil años (*Geografía*, III, 1, 6). Aunque no existen pruebas de ello, es más que probable que el tartesio mantuviera un juego de influencias con el fenicio, puesto que la relación entre ambas culturas es uno de los rasgos más destacados del Sur peninsular.

Pero, sin cuestionar la significación del mundo tartesio, es innegable que la cultura más extensa y poderosa de la Iberia prerromana fue precisamente la ibé-

rica, cultura de gran riqueza, sin unidad ni uniformidad lingüística o política, pero con unos caracteres comunes reconocibles. Ya hemos tenido oportunidad de referirnos a su origen y a algunos aspectos de su lengua, pero merece la pena añadir otros comentarios. Por ejemplo, que el alfabeto ibérico, de 28 signos separados (29 desde finales del siglo II a.C.), fue lo suficientemente estable y conocido como para convertirse en la base de la escritura de otras lenguas peninsulares; o, por ejemplo, que se conocen al menos dos variantes de escritura ibérica —la bética o meridional y la levantina, esta última de hacia el año 425 a.C.—, a las que se podría añadir el uso simplificado de una escritura jónica o grecoibérica (Correa, 2004: 39).

N.º	Latino	Ibérico	Andaluz oriental	Levantino
1	A	Α	Α	Α
2	B	Β	Β	Β
3	C	Γ	Γ	Γ
4	D	Δ	Δ	Δ
5	E	Ε	Ε	Ε
6	F	Ϝ	Ϝ	Ϝ
7	G	Ζ	Ζ	Ζ
8	H	Η	Η	Η
9	I	Θ	Θ	Θ
10	J	Ι	Ι	Ι
11	K	Κ	Κ	Κ
12	L	Λ	Λ	Λ
13	M	Μ	Μ	Μ
14	N	Ν	Ν	Ν
15	O	Ξ	Ξ	Ξ
16	P	Π	Π	Π
17	Q	Ϟ	Ϟ	Ϟ
18	R	Ρ	Ρ	Ρ
19	S	Σ	Σ	Σ
20	T	Τ	Τ	Τ
21	U	Υ	Υ	Υ
22	V	Ϝ	Ϝ	Ϝ
23	X	Χ	Χ	Χ
24	Y	Ψ	Ψ	Ψ
25	Z	Ω	Ω	Ω
26	AA	ΑΑ	ΑΑ	ΑΑ
27	BB	ΒΒ	ΒΒ	ΒΒ
28	CC	ΓΓ	ΓΓ	ΓΓ
29	DD	ΔΔ	ΔΔ	ΔΔ
30	EE	ΕΕ	ΕΕ	ΕΕ
31	FF	ϜϜ	ϜϜ	ϜϜ
32	GG	ΖΖ	ΖΖ	ΖΖ
33	HH	ΗΗ	ΗΗ	ΗΗ
34	II	ΘΘ	ΘΘ	ΘΘ
35	JJ	ΙΙ	ΙΙ	ΙΙ
36	KK	ΚΚ	ΚΚ	ΚΚ
37	LL	ΛΛ	ΛΛ	ΛΛ
38	MM	ΜΜ	ΜΜ	ΜΜ
39	NN	ΝΝ	ΝΝ	ΝΝ
40	OO	ΞΞ	ΞΞ	ΞΞ
41	PP	ΠΠ	ΠΠ	ΠΠ
42	QQ	ϞϞ	ϞϞ	ϞϞ
43	RR	ΡΡ	ΡΡ	ΡΡ
44	SS	ΣΣ	ΣΣ	ΣΣ
45	TT	ΤΤ	ΤΤ	ΤΤ
46	UU	ΥΥ	ΥΥ	ΥΥ
47	VV	ϜϜ	ϜϜ	ϜϜ
48	XX	ΧΧ	ΧΧ	ΧΧ
49	YY	ΨΨ	ΨΨ	ΨΨ
50	ZZ	ΩΩ	ΩΩ	ΩΩ

CUADRO 1. Equivalencias de alfabetos ibéricos. Fuente: Fletcher Valls, 1985, p. 17.

Resulta también curioso que, de igual forma que otros pueblos echaron mano del alfabeto ibérico, los iberos también recurrieron a alfabetos de otro origen. Así, en inscripciones de alrededor del 350 a.C., encontradas en Murcia y Alicante, se hace uso del alfabeto jónico, de 16 caracteres; y, más cerca del cambio de era, también se utilizó el alfabeto latino. La escritura ibérica se ha encontrado en centenares de restos arqueológicos, como inscripciones funerarias o marcas de propiedad, lo que hace pensar que la lengua escrita, para los iberos, tenía mucho que ver con la onomástica y con la identificación de objetos. El ca-

rácter repetitivo de este tipo de textos los haría más fáciles de copiar o replicar incluso por canteros y artesanos analfabetos.

#### Las culturas que llegaron en barco:

Las noticias que corrían por el mundo antiguo sobre la Península anunciaban tierras de gran riqueza metálica (estaño, plata, cobre), fuente inagotable de recursos, el paraíso de los pueblos comerciantes. Así comenzaron las expediciones fenicias y, más adelante, las griegas. Y así llegó a producirse un hecho muy interesante para el estudio de las lenguas: los testimonios más antiguos, los vestigios lingüísticos de fecha más vieja en la Península Ibérica no pertenecen a lenguas de la tierra, sino a idiomas traídos por extranjeros: el egipcio y el semítico occidental, más conocido como fenicio (Harrison: 201-202). El egipcio, además, ni siquiera fue hablado por ningún visitante, sino que era la lengua de inscripciones hechas en sellos de piedra y en vasos de alabastro de origen egipcio que los fenicios llevaron para su comercialización. Estos primeros testimonios de las escrituras más antiguas de la Península son del siglo VIII a.C. Puede decirse, pues, que la presencia de «los otros» ha sido una constante en la historia lingüística de España, desde su más remota antigüedad.

Aunque la fundación de Gadir se atribuye a los fenicios y se localiza en el tiempo hacia el año 1100 a.C., lo cierto es que no hay constancia de su presencia en las costas de Iberia hasta el año 775 a.C. Los fenicios fundaron numerosas ciudades por el Mediterráneo con una finalidad eminentemente mercantil y gracias a su poderío naval. En la región más occidental, los fenicios encontraron unos mercados interesantísimos, a los que proveían de artículos y productos muy variados (objetos de vidrio, mobiliario refinado, tintes, perfumes y aceites) y de los que obtuvieron, sobre todo desde el siglo VIII a.C., los metales más demandados en Oriente, como el oro y la plata.

Desde un punto de vista comunicativo, es muy interesante conocer cómo se establecían los contactos comerciales de los fenicios con los pueblos residentes. Uno de los primeros procedimientos, del que dio testimonio el mismo Herodoto, fue el «comercio silencioso». Se trataba de dejar en la playa, alineados, los productos que se querían vender; una vez allí los fenicios volvían a sus naves y hacían señales de humo. En ese momento los habitantes del lugar se acercaban a la playa, observaban la mercancía y dejaban la cantidad de oro que creían adecuada como pago. A continuación se acercaban los fenicios y, si la cantidad de oro se consideraba justa, lo recogían y se marchaban; en caso contrario, volvían a sus barcos a la espera de que los indígenas añadieran oro en un nuevo justiprecio. En todo el proceso, ni los nativos tocaban las mercancías, ni los fenicios el oro, hasta que el trato se daba por hecho con la marcha definitiva de los comerciantes.

Es razonable pensar que este modo de comerciar fue habitual en los contactos anteriores a la fundación de puertos y ciudades. Después está documentado el intercambio comercial con negociaciones realizadas en las playas, por lo que no es descabellado pensar que allí pudieran surgir variedades «pidgin», mezclas para la comunicación comercial más elemental, normalmente con léxico de los comerciantes venidos de fuera. Una vez creadas bases de operaciones estables, generalmente en las desembocaduras de los ríos meridionales, surgirían las influencias mutuas entre la lengua de los fenicios y la de los lugareños (tartesio, ibero), incluida la posible adopción del alfabeto o su uso como modelo. Con el tiempo, la potencia fenicia o púnica se fue desplazando desde Tiro, en el Mediterráneo oriental, a Cartago, en el Norte de África.

Junto a la de los fenicios, la mejor flota naval de la Antigüedad fue la de los griegos. Efectivamente, tal y como demuestran los hallazgos arqueológicos, la presencia de los griegos, de su cultura y de su lengua, en el Mediterráneo occidental se atestigua desde finales del siglo VII a.C., sobre todo en la zona de la actual provincia de Huelva. En esa época se inicia una actividad en toda la región mediterránea que se prolongaría muchos siglos después en forma de una cultura helenística, que en la Edad Media se transmitió a Occidente por medio de la árabe. Alrededor del año 600 a.C. los griegos fundaron uno de sus principales enclaves comerciales: Ampurias (*Emporion*). Existen muestras del uso de caracteres griegos datadas en el año 575 a.C. en Ampurias y Rosas, aunque casi por definición ambos enclaves debieron ser punto de encuentro de gentes con culturas y lenguas diferentes. Estos contactos fueron la vía para una paulatina helenización del mundo ibérico.

De la presencia de culturas orientales en la Península Ibérica entre los siglos VII y IV a.C. pueden deducirse dos hechos de especial significación sociolingüística. El primero es que la llegada de productos «extranjeros» —perfumes, objetos decorativos, joyas— debió hacer más patentes las diferencias que pudieran existir entre las aristocracias locales y la gente de menor poder de cada pueblo; si tal distancia social y económica existía, como reflejan los enterramientos, es presumible que las lenguas respectivas dispusieran de elementos de cortesía capaces de reflejar lingüísticamente las jerarquías grupales. El segundo hecho —demostrado— es que las lenguas de la Antigüedad se enriquecieron, muy particularmente en esta época, en todo lo que tenía que ver con la especialidad del comercio: la progresiva complejidad de las actividades comerciales sin duda llevó a nuevas necesidades expresivas. En Ampurias, por ejemplo, se ha encontrado una carta de plomo del siglo VI a.C. en la que un comerciante griego ordena a un empleado suyo que se ocupe de cierta mercancía comprada por un ibero.

La llegada de las migraciones desde el centro de Europa y de los comerciantes mediterráneos transformó completamente el mapa de la gran Iberia entre el año 1000 y el año 600 a.C. En ese momento, las lenguas principales utilizadas en

la Península, con distinta extensión, eran las variedades indoeuropeas del Noroeste, el lusitano, el celtíbero, el vasco, el ibero, el tartesio, el fenicio y el griego.



MAPA 2. Áreas lingüísticas prerromanas.

### Los pueblos prerromanos de la Península...

La situación anterior a la romanización y latinización de la gran Iberia presenta varios grupos etnolingüísticos importantes. Esos grupos extendían sus dominios siguiendo la disposición de la geografía natural: las costas, los cursos de los grandes ríos, la extensión de las mesetas; lo que nos ofrece, como señaló López García (1985), una distribución espacial en amplias franjas de terreno paralelas, de oriente a poniente. Así, los pueblos galaicos y del Noroeste se asentaron al Norte de la cuenca del Duero; los vascos siguieron la orientación de los Pirineos; los lusitanos ocuparon parte de la cuenca del Tago; los celtíberos se extendieron desde el Sur del Duero hasta la cuenca del Guadiana; los iberos ocuparon la cuenca del Ebro y la costa levantina; los turdetanos dominaron toda la región del río Betis; los fenicios se establecieron en la costa meridional.

Desde el año 600 a.C., las lenguas habladas en la gran Iberia se vieron sometidas a diferentes procesos evolutivos, según su particular circunstancia socio-geográfica. En unos casos fueron procesos de dialectalización (celta, ibero, celtíbero), en otros de deterioro (presumiblemente, el tartesio), en otros de abandono progresivo (fenicio; griego): De cualquier modo, las fuentes romanas antiguas son muy pobres y no identifican grupos étnicos particularizados hasta bastante

tarde. Así, se sabe que pertenecían al grupo de pueblos iberos o iberizados los bastetanos, los deitanos, los edetanos, los oretanos, los ilergetes y los layetanos, entre otros; al grupo celtibérico se vinculaban, además de titos, belos y lusones, los arévacos, los vacceos, los olcades, los carpetanos; y vinculados a las migraciones indoeuropeas del Noroeste, estarían cántabros, astures y galaicos, habitantes de castros de tamaño reducido, unidos por caminos de herradura (cultura castreña) (Montenegro *et al.*, 1989: 505-520). Este es el panorama que nos transmiten las fuentes escritas clásicas y que probablemente tuvo su reflejo en las lenguas de comunicación oral. Sin duda, la atomización étnica debió resultar favorable para la posterior expansión del latín.

En lo que respecta al vasco, Maite Echenique ha señalado que, en época prerromana, sus vecinos lingüísticos fueron la lengua de los cántabros, al Oeste, las modalidades celtibéricas, al Sur, las iberas, al Este, y las celtas, al Norte más allá del Garona (Echenique, 1987: 47-49). Los historiadores clásicos explican que los vascones ocupaban una parte de Aragón y de Navarra, mientras que las tierras del actual País Vasco eran ocupadas por várdulos, caristios y autrigones. Está por demostrar si las lenguas de estos tres pueblos estaban emparentadas con la de los vascones, esto es, si eran todas ellas descendientes de un proto-vasco o si, por el contrario, estaban más cercanas a la lengua de los cántabros (probablemente indoeuropea), dadas las afinidades culturales que existieron entre estos grupos. También presenta dificultades de parentesco la lengua aquitana antigua, que pudo llegar a usarse al Sur de los Pirineos y, de la cual se conservan unas inscripciones votivas y funerarias escritas en alfabeto latino. Estos textos recogen nombres de persona y de divinidades, algunos de ellos reconocibles desde el vasco. Esto ha llevado a pensar que ese aquitano del Sur de Francia podría ser descendiente de un proto-vasco, del que luego surgió el vasco peninsular (Trask). Según los testimonios antiguos (Estrabón, *Geografía* IV 1,1; 2,1), el aquitano no era galo y se parecía a la lengua de los iberos, lo que reforzaría la idea de que no se trataba de una lengua indoeuropea.

Es importante saber también que, incluso dentro de su territorio, la lengua de los vascones coexistía con otras lenguas desde antiguo y es posible que llegara a escribirse por medio del alfabeto ibérico. Esa coexistencia de lenguas en el mismo territorio y las relaciones con las lenguas vecinas, como las celtibéricas (al Sur de Navarra) y las cántabras, hacen que la prehistoria lingüística del área vasca sea enormemente compleja y oscura. En cuanto a su extensión geográfica, ya se ha comentado la existencia de vestigios vascos por gran parte del Pirineo. Su extensión hacia el Sur se produjo más tarde y parece explicarse por una concesión de tierras que hicieron los romanos por el apoyo recibido durante la conquista del Norte peninsular. Resulta difícil dilucidar si estas tierras del Sur del actual País Vasco habrían sido arrebatadas previamente por los celtiberos a los vascos o si nunca, hasta los romanos, habían sido dominio vascón (Jaime Alvar, 2004: 67-69).

Los últimos siglos anteriores a Cristo fueron importantes para la historia lingüística de la Península Ibérica porque, durante su transcurso, las lenguas prerromanas pudieron dejar su impronta en la gran lengua de cultura que dominaría el panorama de los siglos posteriores: el latín. En efecto, en esta época las lenguas prerromanas se fueron convirtiendo en sustrato de la nueva inquilina y fueron plasmando su huella, tanto en la fonología del latín como en su morfología y en su léxico. Esos rasgos acabaron pasando a las lenguas románicas, como demuestran las historias de las lenguas respectivas (Lapesa, Piel, Joan *et al.*, Ruiz, Sanz y Solé).

Voces prerromanas en español:

abarca 'calzado rústico', barraca, barro, charco, perro, silo, sima, tamo 'polvo de los cereales'.

Voces prerromanas en portugués:

barranco, bezerro, bruxa 'bruja', carrasco, lapa, pala 'cueva', morro 'cerro', várzea 'vega'.

Voces prerromanas en catalán:

pissarra 'pizarra', carabassa 'calabaza', estalviar 'salvar', tancar 'cerrar'.

Voces prerromanas en gallego:

amorodo 'fresa', beizo 'labio', veiga 'vega'.

También hablan por sí mismos los topónimos prerromanos que se incorporaron a la lengua latina y que, en gran número de casos, han pervivido en las lenguas romances:

BEDUNIA (Bañeza)	Celta
BISULDUNUM (Besalú)	Celta
BRIGAETIUM (Benavente)	Celta
BRIGANTIUM (Betanzos)	Celta
CLUNIA (Coruña)	Celta
ILERDA (Lérida)	Ibérico
ITURISSA (Tossa)	Vasco
LACORRIGA (Carrión)	Celta
LEDASAMA (Ledesma)	Celtibérico
MIROBRIGA (Ciudad Rodrigo)	Celta
SEGOVIA	Celta

En resumen, los romanos encontraron a su llegada a la Península una situación lingüística muy fragmentada, con algunos grupos étnicos con cierta capacidad de intercomprensión, probablemente los de origen ibero y celtibérico, pero sin un instrumento comunicativo común. Tal situación, junto a la potencia cultural de Roma, hizo que poco a poco las lenguas peninsulares se fueran diluyendo en su uso y se iniciara un gran proceso de sustitución lingüística, el de mayor envergadura en toda la historia de la Península.

### ... y de las islas

En los tiempos en que las comunicaciones son dificultosas, la geografía afecta sobremanera a la configuración de las lenguas. Por eso la historia lingüística de las islas suele ofrecer rasgos peculiares. En el caso de las Baleares, el enclave prerromano más destacado fue Ibiza. La presencia de los fenicios, incluida la fundación de una ciudad, está documentada desde el siglo VII a.C. Su posición estratégica en el Mediterráneo frente a las costas peninsulares garantizó muy pronto a sus habitantes prosperidad y desarrollo. Desde esa época al siglo III a.C., es probable que en la isla solo se hablara fenicio, aunque los marineros también pudieran recurrir a una presumible *lingua franca* del Mediterráneo antiguo, formada con elementos griegos, iberos y, lógicamente, fenicios.

La prehistoria canaria, por su parte, está muy ligada a los pueblos del Norte de África y más concretamente a los bereberes (Jordá *et al.*). Al pueblo prerromano de las islas Canarias se le dio el nombre de *guanche* y, si se aceptan las explicaciones de Cavalli-Sforza (2000: 122), su origen más remoto debió estar en Oriente Medio, ligado al de los pueblos del Norte de África. En efecto, la población bereber más cercana a la costa del Mediterráneo era probablemente caucasoide (ojos claros, talla alta) y, gracias a sus habilidades de navegación, pudo alcanzar las islas Canarias. Toda esa cultura norteafricana, con su extensión en el continente y su prolongación en las islas, se denomina cultura *tamazig*. Las modalidades *tamazig* de la costa norteafricana son herencia del antiguo bereber, aunque del *guanche* no han quedado descendientes.

Por otro lado, en la época de mayor esplendor fenicio se produjeron exploraciones de la costa atlántica africana, más allá de las columnas de Hércules (García Bellido, 1953: 226-234). Estos viajes exploratorios, que llegaron hasta Madeira, tuvieron que incluir en sus rutas las islas Afortunadas o de los Bienaventurados, que bien pudieron originar una conexión comercial entre Gadir y las Canarias, sobre todo para el comercio de salazones y minerales. De hecho en Lanzarote existen vestigios de una presencia colonial prerromana. En esos contactos comerciales, seguramente se hizo uso del comercio silencioso e incluso pudo surgir algún pidgin elemental fenicio-guanche. Todo son elucubraciones, claro.

### La república del latín

La presencia fenicia en la Península, hasta mediados del siglo III a.C., había centrado su atención en los recursos económicos del terreno. Además, en esa época Cartago, que se había convertido en cabecera de la potencia fenicia, llamada ahora púnica, le había robado el protagonismo a Tiro y había conseguido que el predominio comercial y naval se fuera transformando también en militar. Ese

poderío produjo el enfrentamiento con una potencia emergente, la de Roma, que a la postre sería decisiva para la historia, también para la historia lingüística, de la Península. En el transcurso de los enfrentamientos con los romanos, movidos por un deseo de obtener más recursos para su fuerza militar, los cartagineses comenzaron a adentrarse en el interior peninsular (sobre todo por el valle del Betis), aunque no es probable que esta presencia tuviera consecuencias importantes en los usos lingüísticos de los pueblos autóctonos.

Los romanos pisan por primera vez la Península en el año 218 a.C. Lo hace Cneo Cornelio Escipión en Ampurias con el fin de enfrentarse a Aníbal, general de los cartagineses, en el marco de las guerras púnicas, entre Roma y Cartago. Este hecho histórico obliga a entender dos realidades importantes: por un lado, que el desembarco romano no responde a un plan de conquista y colonización; en segundo lugar, que los romanos llegaron con la clara intención de enfrentarse a los cartagineses, aunque en sus campañas militares tuvieron que llegar al enfrentamiento con muchos pueblos peninsulares, con los que se estableció un juego de guerras y alianzas que en cada caso se resolvió de un modo diferente. No olvidemos que en la Península no existía uniformidad étnica ni lingüística y que los intereses de sus pueblos no tenían por qué coincidir.

El despliegue militar de los romanos por la Península llevó a la fundación, hacia el año 209 a.C., de su primera colonia, cerca de Sevilla: Itálica. El establecimiento de colonias de nueva planta, la ocupación de ciudades pertenecientes a otros pueblos (Cartago Nova) y los pactos de amistad firmados con otras muchas ciudades (Gadir) hicieron que poco a poco la presencia romana fuera ganando tanto en extensión como en intensidad, incluida su lengua. Tampoco hay que perder de vista que la romanización sirvió de puerta para la entrada o la difusión de otras lenguas en la Península, aparte del latín. Así, los esclavos y los comerciantes procedentes de zonas distintas del Imperio debieron traer sus lenguas, si bien su uso no les resultaría de especial utilidad. También los romanos procedentes del área oriental del Imperio debieron traer el griego, que era la lengua de uso común por aquellas latitudes. Estos hablantes de griego, llegados ya en tiempos de Roma, fueron responsables de las inscripciones aparecidas en antiguas colonias de Grecia (Ampurias, Rosas) y en tierras del interior (Astorga, Mérida) (Mangas, 1980: 124).

Como comentábamos, muchos historiadores afirman que la ocupación romana de la Península no puede considerarse como una campaña militar con un plan colonizador previo (Suárez, 1976: 41). Guerras las hubo, y muchas, y algunas excepcionalmente duras, como las celtibéricas y lusitanas o las campañas contra cántabros y astures, pero en un principio simplemente se intentó ocupar un territorio que había estado en manos de los cartagineses (la Iberia y la Turdetania). Más adelante se vio la conveniencia de obtener el máximo provecho de la riqueza metalúrgica y, posteriormente, de montar una organización social, política y económica que permitiera una mayor recaudación de impuestos. Cuando estos in-

tereses se fueron acumulando, se fraguó la decisión de incorporar la ya llamada Hispania a las posesiones de Roma.

Desde muy pronto, por otro lado, se marcó el límite entre una Hispania Citerior, que se correspondía aproximadamente con los territorios iberos, y una Hispania Ulterior, para lo que era la Turdetania. Roma aplicó en Hispania una política jurídica similar a la aplicada en otros territorios, que consistía en ir concediendo derechos y otorgando personalidades jurídicas según las específicas condiciones estipuladas con cada región y pueblo, o incluso con personas distintas; por eso, dada la heterogeneidad de los pueblos peninsulares, las relaciones formales con Roma fueron muy diversas. En el proceso de romanización, la caída de Numancia en el año 133 a.C. fue decisiva.

En cuanto a los contactos culturales entre los romanos y los pueblos peninsulares, podrían calificarse de amistosos y respetuosos. Roma no adoptó una política de imposición sino de coexistencia con las culturas locales. Por ejemplo, hasta finales de la República, prácticamente todas las monedas acuñadas en Hispania llevaban solo textos en alfabetos indígenas. En el proceso de transición hacia el latín pueden encontrarse textos en lenguas peninsulares, pero escritos en alfabeto latino, hasta que sólo se utilizó el latín. El bilingüismo de la numismática desapareció prácticamente 50 años antes del cambio de era. El proceso fue, pues, así:

texto indígena en alfabeto indígena >  
 texto indígena en alfabeto latino >  
 texto latino en alfabeto latino

Esta evolución no se dio simultáneamente en toda la Península, por eso la datación de las monedas resulta muy útil a la hora de conocer el ritmo de la penetración del latín. Conforme la presencia romana se iba intensificando —a pesar de su permisividad— la asimilación a la nueva cultura, muy rica y poderosa, se iba generalizando. Esto sucedió también en el ámbito de la religión: lo habitual no era la persistencia, sino la asimilación de los dioses autóctonos mediante un procedimiento de sincretismo (Jaime Alvar, 2004: 89-90).

En lo que se refiere al uso del alfabeto latino, hay que tener en cuenta asimismo que fue abundante en la epigrafía y que en su generalización influyeron factores diversos, que iban desde el prestigio cultural de los romanos a las dificultades que ofrecían otros alfabetos peninsulares para la representación de ciertas secuencias fónicas, como ya comentamos a propósito del alfabeto ibérico. Existen importantes testimonios epigráficos de lenguas indígenas en alfabeto latino, como uno de los bronce de Botorrita o las inscripciones lusitanas de Cabeço das Fraguas o Llamas de Moledo. Aunque a veces los nombres de las deidades indígenas perviven, en el Alto Imperio los sentimientos religiosos ya aparecen en latín en la epigrafía.

Estas muestras de lengua escrita, que documentan un proceso de sustitución de unas lenguas antiguas por otra nueva, son un reflejo de lo que ocurrió en la

lengua hablada. El asentamiento progresivo de romanos (colonos, militares) supuso el manejo de dos lenguas en las ciudades peninsulares: la tradicional y el latín. Probablemente hubo un periodo en que parte de la población era bilingüe e incluso pudo haber componentes culturales que ofrecieran una mayor resistencia a la desaparición: pensemos que los cántabros y los galaicos tenían himnos de victoria que cantaban en sus enfrentamientos con los romanos, lo que haría suponer que existió una épica oral prerromana, transmitida de generación en generación. Aunque, en cualquier caso, el resultado final fue el desplazamiento completo y la sustitución por el latín, parece que la latinización mayoritaria de la Península no se consiguió hasta bien avanzada la etapa imperial (Mangas, 1980: 124). De hecho, el ibero se utilizó probablemente hasta el siglo I d.C. (García Bellido) y existe un fragmento de los *Anales* de Tácito (IV, 45) en el que se habla de un hecho acaecido durante el mandato de Tiberio (30 d.C.). Se cuenta que en Hispania se produjo el asesinato del pretor de la provincia, Luçio Pisón, a manos de un campesino de la *natio termestina* (Termes, Soria) y se especifica que el campesino se defendió con voz potente y en su lengua nativa, *sermone patrio*. Probablemente ese campesino hablaba una modalidad celtibérica. Existe incluso un testimonio posterior de probable supervivencia de una lengua peninsular: se trata, según García Bellido (1967), de la alabanza a una dama que era capaz de comunicarse con campesinos utilizando la lengua indígena (¿ibérico?). Esta referencia se halla en la obra *De similitudine carnis peccati*, atribuida, con muchas dudas, a Paciano, obispo de Barcino en el siglo IV (Lapesa, 1981: 57).

La pérdida definitiva de las lenguas prerromanas peninsulares pudo estar muy vinculada a la cristianización progresiva de la Península, una cristianización que se expresaba en latín. Es cierto que originariamente el cristianismo, dentro de Roma, se desarrolló entre la gente que hablaba griego, pero poco a poco fue adoptando el latín como medio de expresión. De hecho la supervivencia del vasco podría explicarse, entre otros factores, por su tardía conversión en zona cristianizada.

### Situación lingüística en la Antigüedad

La historia lingüística antigua de la Península Ibérica nos obliga a distinguir con claridad dos periodos. El primero de ellos sería el de la posible llegada de pueblos caucásicos, bien a través del interior de Europa, bien a lo largo del Mediterráneo, que configurarían un primer mapa lingüístico peninsular con una modalidad proto-vasca asentada en la región de los Pirineos, y otra ibérica, que se extendió por las costas del Este. Este periodo se prolongaría aproximadamente desde el 8000 al 2000 a.C.

Entre el final del segundo milenio y el siglo VI a.C. se produjeron, a su vez, dos hechos decisivos. Por un lado, la creación de asentamientos urbanos fijos,

con una organización social cada vez más compleja, con reparto del trabajo, con una vida agrícola y ganadera estable, con pobladores dedicados a la minería, a la metalurgia y al comercio, lo que sin duda tuvo que influir en el enriquecimiento sociolingüístico de las lenguas habladas en esas poblaciones. Por otro lado, la Península comenzó a acoger diferentes pueblos de Europa que multiplicarían su panorama étnico y lingüístico. Los pueblos que llegaron desde el interior de Europa eran de origen indoeuropeo; los que llegaron por el Mediterráneo eran fenicios y griegos, estos últimos también indoeuropeos.

La convivencia de las nuevas lenguas europeas con las no indoeuropeas, la distribución gradual de los pueblos indoeuropeos (de diferentes orígenes) por toda la Península, y la existencia de variedades suficientemente diferenciadas, así como el contacto con lenguas orientales, portadoras de culturas tan poderosas y prestigiosas como la fenicia y la griega, dio lugar a un mapa lingüístico peninsular muy complejo. Hacia el siglo VI a.C. se asistió a la aparición, irregularmente documentada (Untermann, 1975-1997), de numerosos fenómenos característicos de las situaciones de lenguas en contacto, porque las convergencias y transferencias de elementos eran lo normal, tal y como explica Rafael Lapesa:

La interpenetración y superposición de distintas gentes y lenguas debía ser grande en toda la Península. Hasta en la Gallaecia, considerada tradicionalmente como céltica, había pueblos de nombres bárbaros, probablemente no celtas y acaso relacionados con otros de Asturias y Cantabria. A su vez, por tierras de Lérida, los nombres de los caudillos ilergetes muertos por los romanos en el año 205 denuncian también la mezcla lingüística: *Indibilis* o *Andobales* parece un compuesto de elementos celtas e ibéricos; *Mandonio* es un derivado de la misma palabra ilirio-celta que subsiste en el vasco *mando* 'mulo'. Y *bárcunes* o *báscunes* (<vascones) ha sido explicado recientemente como una denominación indoeuropea (precéltica o céltica) que significaría, o bien 'los montañeses, los de las alturas', o bien, en sentido figurado, 'los orgullosos, los altivos' (Lapesa, 1981: 26-27).

Todo lo que tuviera que ver con convergencias e influencias mutuas estaba a la orden del día en el panorama lingüístico prerromano. Así podemos entender que los vascos tomaran del celta tanto unidades léxicas como su sistema de numeración vigesimal (Allières, 1978: 41) o que surgieran serias dificultades para delimitar e identificar las características lingüísticas de cada pueblo del Norte peninsular. Entre las dudas que todavía quedan en el aire está la vinculación o no de la lengua de los galaicos con el celta noreuropeo o con la lengua de los astures, y la de estos con la de los cántabros, la existencia en el Norte de un posible proto-cántabro, la intensidad de la presencia de ilirios y osco-umbros en la Península o la influencia de Aquitania en el área pirenaica (Baldinger). Los paralelismos entre las variedades lingüísticas del Norte peninsular fueron muchos: se daban convergencias entre lenguas desde la región de Gascuña a la antigua Lusitania y algunas coincidencias léxicas antiguas perviven hoy en las lenguas

modernas, como el asturiano *samu* 'la superficie', el gallego *samo* 'capa blanca bajo la corteza de los cuernos', el portugués *samo* 'albura' o el vasco *zama* 'albura'; el asturiano *cotolla* 'aulaga' y el gallego *cotazo* 'cepa de hiniesta'; o el gallego *ganga* 'pico de herramientas', el portugués *gangorra* 'caperuza' y el vasco *gangorra* 'cresta'.

La heterogeneidad lingüística, que no era ni mucho menos exclusiva de la gran Iberia, es la que explica en parte la necesidad de las *linguas francas* o lenguas generales de comunicación. Aparte del uso del fenicio o del griego como importantes lenguas de cultura y comercio, entre los siglos VI y IV a.C. se extendió por el Mediterráneo una koiné característica de las rutas marinas, *lingua franca* formada con aportes del griego, el fenicio y el ibero. Probablemente esta koiné llegó a utilizarse en Ibiza y en las costas levantinas. El fenómeno no es exclusivo de la comunicación marítima de la Antigüedad; de hecho, existió también una *lingua franca* de la ruta de la seda, utilizada desde Persia hasta la China, que decayó a raíz de la invasión musulmana de estas áreas y de la que solo ha sobrevivido la lengua yagnobi en Tayikistán (Wells, 2002: 186). Al margen de las lenguas de la costa oriental, en el interior de la Península Ibérica también pudo haber una lengua de comunicación inter-étnica: es posible que el celtibérico fuera la lengua de intercambio para la ganadería trashumante ya desde el 1500 a.C.

En el plano de la lengua escrita, el fenómeno más llamativo y trascendente de la Antigüedad fue, sin duda, la elección y el uso de los alfabetos. A este respecto, la necesidad que cada pueblo pudiera tener de ellos y la finalidad de la escritura pudo ser muy diferente (Hoz, 1979). Parece que el tipo de vida que llevaron las etnias del interior (celtíberos, lusitanos) no exigía un uso amplio de la lengua escrita. Las inscripciones celtibéricas que se conservan aparecen mayoritariamente en téseras de hospitalidad, en rótulos de edificios y en documentos de valor legal, aparte de las monedas, lo que quiere decir que la escritura servía principalmente como instrumento de relaciones sociales comunitarias. No olvidemos tampoco que la España del interior se considera como culturalmente más estática y tradicional que la meridional y la levantina. Este cúmulo de características explicaría por qué celtibéricos y lusitanos (como otros muchos pueblos) no desarrollaron un alfabeto propio y tuvieron que recurrir a alfabetos ajenos para satisfacer sus necesidades de escritura, poco complejas, por otra parte.

Los pueblos del Sur y de la costa levantina, sin embargo, sí desarrollaron alfabetos, a la vez que adoptaron los de otras culturas. Este dato refleja la trascendencia que la costa oriental ha tenido en la historia cultural y lingüística de la Península. El más extendido de los alfabetos peninsulares fue el ibérico, con sus versiones levantina (escrito de izquierda a derecha) y meridional (de derecha a izquierda) (Harrison, 1988: 212; Caro Baroja, 1993). La gran pena es que el ibero aún sea una lengua sin descifrar, por más que se sepa qué sonidos representa su alfabeto. El alfabeto tartesio, vinculado al fenicio, era diferente.

Se ha planteado como hipótesis que la escritura se desarrolló no para la expresión de la lengua general, sino como instrumento imprescindible en las operaciones comerciales y contables de los pueblos comerciantes (Mangas, 1980: 123). Así parece certificarlo lo evolucionado de los alfabetos ibero, fenicio y griego, si bien Harrison ha señalado que, mientras los griegos emplearon su escritura de un modo muy imaginativo, los fenicios no iban mucho más allá de los textos que servían para marcar la propiedad, en las tumbas o en la cerámica. La evolución fue abriendo las puertas a otras manifestaciones lingüísticas, como las cartas personales o la redacción de documentación legal, pasando por la decoración de la cerámica o la expresión literaria, esta última en el caso de los griegos. En ello también influyó el tipo de soporte sobre el que se escribía: en Oriente se utilizaba el papiro, material deteriorable, pero muy cómodo para una comunicación más personal y particular; cuando no se disponía de esa materia prima, se escribía sobre metales, como el plomo, o sobre piedra.

La llegada de Roma a Iberia introdujo un nuevo alfabeto, el latino, que aparte de su versatilidad y sus posibilidades de adecuación a las lenguas prerromanas, era símbolo de una cultura fuerte y prestigiosa. Por eso comenzaron a aparecer inscripciones de la mayoría de las lenguas peninsulares de la época en alfabeto latino. La política de Roma era respetuosa con las manifestaciones culturales de los territorios ocupados y colonizados, pero la sustitución lingüística, aunque lenta —transcurrieron cuatro siglos hasta que prácticamente se completó— fue implacable. El alfabeto latino pasó de ser instrumento de expresión de otras lenguas, a representar exclusivamente al latín. En cualquier caso, es interesante valorar que, por parte de los pueblos con alfabeto, ni hubo peros por que otros pueblos hicieran uso de ellos para convertirlos en instrumentos de sus lenguas respectivas, ni hubo reparos en dejar de utilizar el alfabeto propio si otro ajeno resultaba más ventajoso. Desde este sentido mancomunado de un bien cultural como el alfabeto, se puede entender mejor el abandono del alfabeto ibero por el jónico en inscripciones ibéricas y, en definitiva, la adopción final y general del alfabeto latino.

Los enigmas y rompecabezas que aún quedan por resolver sobre la protohistoria lingüística de la gran Iberia son muchos. Las fuentes y testimonios primarios con que contamos son escasos y los testimonios indirectos, muy tardíos, aunque algunos se refieran a hechos muy anteriores. Pero es lo que hay. Por eso, conforme pasa el tiempo, se agiganta el valor de los historiadores y escritores clásicos que nos contaron cómo era el mundo antiguo, desde Avieno, que en su *Ora Maritima* (s. IV a.C.) narra el periplo de un navegante del siglo VII a.C., hasta Tácito, que en sus *Anales* (115-117 d.C.) aporta una de las últimas noticias (vasco aparte) sobre el uso en tierras de Soria de una lengua prerromana, pasando por Herodoto, por el geógrafo Estrabón, por Plinio o por Tito Livio. Honores a todos ellos.

## CAPÍTULO 2

### DEL LATÍN IMPERIAL A LA VOZ DEL MINARETE

En el año 19 a.C. el emperador Augusto da por concluida la conquista de la Península Ibérica. Dos siglos después, por administración, organización, cultura e ideología, Hispania es una parte más del Imperio, absolutamente integrada en el proyecto romano, y sostén de su potencia e integridad en momentos de dificultad. Al comienzo del periodo imperial, Hispania fue dividida en tres provincias: la Tarraconense, con capital en Tarraco; la Lusitana, con capital en Emerita Augusta; y la Bética, con capital en Corduba. Su población total en aquellos tiempos rondaba los 7 millones de habitantes (Blázquez, 1989: 370).

Como ya hemos tenido oportunidad de ver, la conquista y colonización de la Península por parte de los romanos desencadenó un lento, pero implacable, proceso de romanización, que también lo fue de latinización, es decir, de sustitución de las lenguas indígenas por el latín. Este proceso de latinización estaba prácticamente concluido hacia los inicios del siglo II, aunque los territorios de las actuales áreas de Asturias, Cantabria y País Vasco lo completaron algo más lento y tardíamente. Podría afirmarse que la latinización supone una oleada más de indoeuropeización que se extendió en la Península a lo largo de prácticamente cinco siglos (Michelena, 1985: 201-212).

Este capítulo presentará los aspectos de la romanización y de la latinización con mayor interés sociolingüístico, prestando atención al mantenimiento de las lenguas indígenas, hasta donde alcanzó. También se trazarán los rasgos principales de la situación lingüística de la España visigoda y se apuntarán las condiciones y circunstancias sociolingüísticas que concurrieron en la al-Ándalus musulmana, antes de que se dibujara un paisaje dominado por las lenguas romances. Todo ello, sin embargo, se fraguó con la difusión del latín.

#### Historia de tres ciudades

La latinización de los territorios que formaron parte del Imperio romano es una de las aventuras sociolingüísticas más deslumbrantes del mundo antiguo. En